

José Rafael Campoy, hermano mayor y caudillo

Roberto HEREDIA CORREA

Dentro del grupo de jesuitas mexicanos que sufrieron el decreto de extrañamiento de 1767, solemos unir en grupo homogéneo y compacto los nombres de Campoy, Abad, Alegre, Clavigero, Castro, Landívar y otros más. La primera razón de tal agrupamiento es el hecho de que todos ellos, a excepción de Campoy y Castro, publicaron en Italia obras de valor excepcional en varias disciplinas. Una segunda razón ofrecen los biógrafos, cuando los muestran en relación estrecha de amistad y colaboración académica en un círculo que a todos abarcaba. En tercer lugar, todos eran, con pequeñísima diferencia, de la misma edad: habían nacido en torno a 1730 y en algún momento habían compartido las labores académicas y las actividades de formación religiosa. Sólo Campoy era varios años mayor; pero fue condiscípulo de algunos de ellos —hizo con Abad el curso de filosofía— y compañero de todos. Una cuarta razón, también proporcionada por los biógrafos, es el hecho de que en el seno de este grupo se fraguó y promovió una trascendental reforma de los estudios en los colegios de la Compañía de Jesús. El mismo provincial Francisco Cevallos confirma de algún modo esta opinión, pues en 1763 “reunió en el Colegio de San Ildefonso de esta capital, que gobernaba el P. José Julián Parreño, a varios jesuitas célebres, como los padres Galiano, Cerda y Cisneros, Campoy, Abad, Clavigero, Alegre, Dávila y otros jóvenes de grande ingenio e ilustración... para que se ocuparan de la sólida reforma de los estudios”.¹

¹ Dávila y Arrillaga, *Continuación de la Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España del P. Francisco Javier Alegre*, I. p. 170. Puebla, Colegio Pío de Artes y Oficios, 1888-1889, 2 vols. El párrafo es citado también en

Es preciso señalar que Maneiro, el principal de los biógrafos, pierde de vista otras comunidades académicas que no sean las de la Compañía de Jesús; ni la Universidad, ni las demás órdenes religiosas ni los colegios que éstas regían atraen su curiosidad. El celo por su congregación, acrecentado sin duda por las penalidades del destierro y por la supresión de su comunidad, le hace enarbolar la bandera de la reivindicación, y en el afán de mostrar la obra de sus hermanos parece reducir la vida académica de la Nueva España a los hechos que se daban en el seno de la Compañía, y a menudo los exalta con candidez.

Por lo demás, habiendo compuesto las biografías totalmente en Italia, Maneiro no pudo tener a mano documentos y testimonios suficientes para situar en su real contexto la reforma que se gestaba en los colegios jesuíticos. Hacía tiempo que los anhelos de renovación asomaban en muchas partes, como lo prueba el mismo eco favorable que, según el biógrafo, producían las primeras enseñanzas de filosofía moderna impartidas por los miembros de su orden.

El estudio atento de la cultura novohispana en la primera mitad del siglo XVIII ha ido descubriendo e irá perfilando nombres y textos que establecerán los cauces culturales que conducen de Sor Juana y Sigüenza y Góngora a la generación de Campoy.

Nacido en 1723, en Álamos (Sonora), Campoy realizó su formación académica durante los años treinta y cuarenta del siglo XVIII: entre 1737 y 1741 estudió filosofía; en 1741 ingresó al noviciado de la Compañía de Jesús en Tepetzotlán; en 1744 era estudiante de Humanidades y tuvo como profesor al P. José Mariano Vallarta y Palma; en 1748 fue nombrado profesor de latín en San Luis Potosí; en 1750 y 1751 estudió teología en el colegio de San Pedro y San Pablo.²

Zambrano, S. J. y José Gutiérrez Casillas, *Diccionario biobibliográfico de la Compañía de Jesús*, México, Editorial Jus y Editorial Tradición, 1961-1977, 16 vols., tomo XV, p. 537 (art. "Dávila, Salvador").

² He tomado los datos biográficos de Campoy y de los demás jesuitas mencionados en mi texto principalmente del libro siguiente: Maneiro, Juan Luis

El *Catálogo* de 1751 lo describe con los términos siguientes:

Estudiante de cuarto de teología en San Pedro y San Pablo. Sacerdote escolar. Dotes personales: de mediocre juicio y mediocre aprovechamiento en letras; de suficiente prudencia; de módica experiencia; de compleción sanguínea; de talento, se espera que para algo.³

Imagen asaz triste; ya veremos algunas de sus causas. Maneiro se expresa en términos muy diferentes, más aún, apunta toda una teoría que relaciona estrechamente la formación intelectual de Campoy con la reforma de los estudios promovida por un grupo de jóvenes jesuitas en los colegios de la Compañía. El biógrafo desarrolla esta teoría a lo largo de su escrito sobre Campoy; y nosotros podemos corroborarla en diversos lugares de las demás biografías, y afianzarla con testimonios de otros miembros del grupo y con opiniones de jesuitas más jóvenes.

Ya en el exordio mismo de la biografía de Campoy Maneiro asienta el primer punto de su teoría: "Él [Campoy]", afirma, "sin ningún maestro, sin ningún guía, se formó un paladar refinado y por sí solo descubrió los mejores principios de todas las ciencias". Entre 1737 y 1740, mediando un breve paréntesis de huida del colegio, búsqueda y rescate, Campoy había hecho los estudios de filosofía en el Colegio de San Ildefonso de México, primero bajo la dirección del maestro José Avilés y, muerto éste, bajo la del maestro Pedro Reales. Las enseñanzas de ambos profesores se ceñían, al parecer, a la práctica tradicional; según opinión de testigos oculares, afirma Maneiro, Campoy llegó en aquella edad "a la más alta perfección en la filosofía peripatética", y su fama empezó a extenderse por todo el colegio y aun entre los alumnos

y Manuel Fabri, *Vidas de mexicanos ilustres del siglo XVIII*. Prólogo, selección, traducción y notas de Bernabé Navarro B., México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1946, 245 pp. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 74). Cotejé los datos de este libro con los que contiene el *Diccionario bio-bibliográfico*... citado.

³ Tomado del *Diccionario bio-bibliográfico*... citado.

de las otras escuelas. Coronó sus estudios con un acto público de defensa de tesis, en el cual "habló como un maestro lleno de sabiduría. Fue aclamado como un peripatético insigne y de primer orden" (p. 14-15).⁴

Pero en 1741, como ya dije, ingresó en la Compañía de Jesús, y partió a Tepotzotlán. "Después de terminar religiosamente el bienio de noviciado y pronunciar según costumbre los tres votos, se dedicó al estudio de las bellas letras" (p. 15). Entonces Campoy da el primer paso de una verdadera conversión hacia la filosofía moderna y el nuevo estilo literario, con lo cual se inicia, según el pensamiento de Maneiro, el proceso de reforma de los estudios. Y este primer paso consiste simplemente en el descubrimiento de Aristóteles. Así lo describe Maneiro:

En las disputas filosóficas [Campoy] había sido acérrimo, y veneraba y estimaba grandemente a Aristóteles, de quien se había creído discípulo sólo porque en la escuela había aprendido a debatir agitadamente y a vociferar sobre unas cuantas tesis, casi sin utilidad alguna. De esta admiración que tributaba su mente al príncipe de los peripatéticos, le vino el deseo de leer su *Retórica* y su *Poética*. Y al hacerlo con diligencia, se quedó completamente atónito y apenas daba fe a sus ojos al ver qué diferente era este Aristóteles que ahora leía y estudiaba, de aquel Aristóteles, disputador de futilidades, que él se había imaginado por las falsas leyendas de quienes se jactaban de ser discípulos del príncipe de los filósofos. Del mismo Aristóteles leyó también con atenta meditación los *Tópicos*, comentados por Cicerón tan agradable, copiosa y elegantemente; de los cuales, así como de los *Académicos* y de otros libros del orador romano, es verdaderamente admirable cuántas luces sacó para utilidad de sus estudios... (p. 15-16).

Así pues, el encuentro con el verdadero Aristóteles fue acompañado de un cierto redescubrimiento de Cicerón; y a este contacto con las fuentes griegas y latinas de la filosofía y la literatura unió Campoy, por su parte, "aquella profunda meditación que empleaba en la lectura de los autores de me-

⁴ Las citas, cuando no hay otra indicación, se refieren a la edición de las biografías de Maneiro y Fabri mencionada en la nota 1.

“jor buen gusto” (p. 16-17). Aristóteles le parecía un hombre, “de ingenio verdaderamente el más grande”, que se había consagrado totalmente a la búsqueda de la verdad; y juzgaba a Cicerón como un escritor “de criterio segurísimo en sus argumentaciones”, que había puesto igualmente todos sus esfuerzos en alcanzar la verdad.

Para el biógrafo es algo fuera de toda duda que esta conversión fue un suceso casi milagroso, y que se obró en la persona de Campoy gracias a su constante inquietud y por medio de su propio esfuerzo. Lo expresa sin reticencias y lo reitera siempre que encuentra oportunidad:

Entonces fue cuando, formándose un juicio cada vez más maduro, repentinamente resplandeció una luz en la inteligencia de Campoy; y encaminado solamente por esa luz, como que se libertó de las tinieblas, no teniendo ya en adelante necesidad de maestro alguno para alcanzar un gusto verdadero y genuino en todas las ciencias (p. 15-16).

Pocas líneas adelante añade, reiterando y explicando esta misma idea:

Todo lo grande que fue después Campoy en virtud de esta formación, ya en las bellas letras, ya en la filosofía o en la teología; ora en geografía, ora en geometría o en moral; sea en el arte de juzgar rectamente, sea en la elocuencia sagrada, o en universal erudición (en todo lo cual fue hombre de extraordinaria grandeza), lo grande que fue en todo esto, repito, se formó íntegramente a sí mismo, siendo a la vez discípulo y maestro (p. 18).

Desde el exordio mismo de la biografía Maneiro destaca como el rasgo de Campoy más digno de admirarse, y seguramente como la faceta de su personalidad que más le impresionó, el de su formación autodidacta y enciclopédica:

Varón sabio, ciertamente de los primeros de nuestra época, que nació en aquel tiempo en que en la Nueva España se había embotado el buen gusto por las ciencias. Él, sin ningún maestro, sin guía, se formó un paladar refinado y por sí solo descubrió los mejores principios de todas las ciencias (p. 1).

Y todavía hacia el final del escrito, antes de transcribir el encendido elogio que Abad tributa a Campoy en su *Dissertatio ludicro-seria*,⁵ repite la idea con algunas circunstancias particulares:

Él [Campoy], por su parte, sin ningún guía en sus estudios, sin que se le propusiera ninguna esperanza de premio, y sólo por el deseo de saber y de adornar su mente con las bellas letras, llegó a tal renombre de sabiduría, que con todo derecho se le puede comparar a los Franklin y a los otros preclaros varones de grandeza semejante que produjo el siglo XVIII en América (p. 45).

El segundo punto de la teoría de Maneiro se refiere a la extraordinaria formación de Campoy en variedad de ciencias y a su universal erudición. Reitera esta idea en la biografía de Clavigero —vida, dice “preclara por la amplitud de sus conocimientos”—, en la de Castro —“hombre de suma erudición, como hemos mostrado muchas veces”— y en la de Juan Francisco Iragorri, alumno latinista de Campoy en San Luis Potosí —humanista, orador elocuente, latinista, conocedor de la antigüedad y tan universalmente informado en ciencias—.⁶ Y, por su parte, Fabri la corrobora en su semblanza de Abad —“Campoy (hombre de sumo esfuerzo y de extraordinario talento) buscaba lo más alto y refinado en todo género de disciplinas” (p. 191)—. Finalmente, el mismo Abad, condiscípulo y amigo entrañable de Campoy, confirma satisfactoriamente este rasgo, cuando en la *Dissertatio ludicro-seria* lo apostrofa en los términos siguientes:

Tú, versadísimo en el conocimiento de las ciencias más sublimes y profundas, habías bebido la teología en las fuentes mismas de las Escrituras, Santos Padres y concilios. En tal

⁵ El título completo de esta obra es el siguiente: *Jacobi Josephi Labbé Selenopolitani Dissertatio ludicro-seria. Num possit aliquis extra Italiam natus bene latine scribere, contra quam Robertus pronuntiat?* MDCCLXXVIII.

⁶ Cfr. Joannis Aloysii Maneiri, Veracrucensis *De vitis aliquot Mexicanorum aliorumque qui sive virtute, sive litteris, Mexici imprimis floruerunt. Bononiae: ex Typographia Laelii a Vulpe, 1791-1792. 3 vols. Vol. II, p. 254.*

forma tú habías abarcado con tu mente la distancia, situación y descripción de los reinos, provincias y ciudades, como si desde una altísima atalaya contemplaras todo el orbe de la tierra. Tú tenías en tus manos el largo hilo de la historia, desde el principio del mundo hasta nuestra época; y empleando siempre una más recta crítica, explicabas las cosas más difíciles. A ti te eran más familiares todos los antiguos padres de la latinidad, mejor que a mí, que conviví contigo ininterrumpidamente desde niño. ¡Cuántas veces tú me ofreciste, cuando dudaba, mayor luz que la que me había ofrecido Pereo, o Pompeya o Nizolio, o el Tesoro de Esteban, acerca del giro de una oración y de algún género de estilo del multiforme y versátil uso de una palabra! ¡Cuántas veces me explicaste los pasajes oscuros y enredados de Plinio el Mayor y de otros antiguos, más clara y completamente que los doctos intérpretes que antes había consultado...! (p. 45-6).⁷

Y añade todavía Maneiro, para mayor afianzamiento de su teoría y de los asertos de Abad, la opinión de Francisco Xavier Alegre. Éste, según refiere, al leer las palabras del michoacano “dijo abiertamente que Abad había exaltado las virtudes de Campoy aun abajo de su valor” (p. 46-7).

El tercer punto de la teoría de Maneiro se refiere al influjo directo y definitivo que Campoy ejerció en cada uno de los miembros del grupo más florido de jesuitas que en los años 50 y 60 iniciaron y promovieron la reorganización del estudio de las ciencias y las artes, y que después de 1767, en el destierro de Italia, produjeron frutos excelentes en las letras y las ciencias. Así lo expresa el biógrafo, cuando se refiere a los años de sus estudios teológicos:

De este Campoy aún no hecho hombre, bebieron muchísimas luces en la comunicación de los estudios (para hablar sólo de los que han muerto): Galiano, Abad, Clavigero, Parreño, Alegre, Cerdán, Dávila, Cisneros y otros jóvenes de muy ilustre ingenio, que nacieron felizmente en México por esa época para una nueva organización de las ciencias. Ellos, jóvenes entonces, ciertamente no se avergonzaban de confesar más tarde —ya hombres y contándose entre los literatos de pri-

⁷ Maneiro cita estos párrafos.

mera fila (nosotros lo escuchamos de algunos de ellos)— que les sirvió muchísimo para el buen gusto en las letras, haberles tocado afortunadamente en ese tiempo tener trato con Campoy. Y, en verdad, nadie podría escribir un elogio de alguno de ellos, sin mencionar muchas veces el nombre de Campoy (p. 21-22).

De hecho, el mismo Maneiro en las biografías de Clavigero y de Castro destaca el papel de Campoy como maestro y guía de sus compañeros jóvenes. Señala en la semblanza de Clavigero, al referirse a los estudios teológicos de éste en 1751 y 1752:

Por azar de la fortuna en ese tiempo se había reunido entre los jesuitas mexicanos una muy selecta juventud, la cual, tanto por sus singulares talentos hechos para grandes acciones, como por su ardiente deseo de saber y su esforzada magnanimidad en emprender las cosas, produjo en aquella región de la tierra una completa renovación de las ciencias, o por lo menos la fomentó y desarrolló extraordinariamente... En esa época, sin embargo, encontró [Clavigero] un amigo más valioso [que algunos jóvenes jesuitas alemanes, de quienes adquirió regulares conocimientos de las lenguas griega y hebrea], compañero de estudios y guía de los mejores métodos en ellos: José Rafael Campoy, cuya vida, preclara por la amplitud de sus conocimientos, describimos en su propio lugar. Guiándolo éste, conoció Clavigero por primera vez el tesoro de autores selectísimos en todo género de ciencias que se hallaban en ese Colegio de San Pedro y San Pablo...

Por el mismo Campoy supo que también ahí se encontraban los valiosos monumentos literarios que en el siglo XVII había legado a los jesuitas de este Colegio don Carlos de Sigüenza y Góngora, mexicano de eximio nombre... (p. 134-5).

Y en la biografía de Agustín Pablo Castro, al hablar del regreso de éste a México en 1751-2, para ordenarse, después de dos años de magisterio en Antequera, comenta:

Por esta misma época hizo amistad con José Campoy, hombre de suma erudición como hemos mostrado muchas veces; y aun cuando se interrumpió la convivencia después de poco tiempo, Castro nos aseguraba, sin embargo, que aquella

amistad le había servido grandemente para lograr un criterio perfecto en todas las ciencias (p. 73).

Tan grande y sincera fue la amistad de Castro con Campoy, y tan viva su admiración por él, que pensó escribir —y empezó— “una descripción de su vida y costumbres”; “aunque”, explica Maneiro, “agobiado por innumerables asuntos, uno tras otro, no acabó aquella semblanza”.

El cuarto y último punto de la teoría de Maneiro, insinuado ya en varios de los párrafos transcritos, señala que el grupo de jóvenes jesuitas, talentosos y entusiastas, que coincidieron hacia la mitad del siglo en las últimas etapas de su formación, produjeron una completa renovación en el estudio de las letras y las ciencias, “o por lo menos la fomentaron y adelantaron extraordinariamente”. Los miembros de este grupo renovador, en su conjunto y de manera individual, recibieron el influjo profundo de Campoy, tanto en lo referente a la orientación de sus propios estudios, como en cuanto a “la deseada renovación de las ciencias” (Maneiro, “Clavigero”, p. 141).

Esta acción benéfica y fecunda de Campoy es ilustrada cabalmente por Fabri en la semblanza de Abad, y por Maneiro en la de Clavigero. Fabri afirma que Abad admiró a Campoy porque éste “buscaba lo más alto y refinado en todo género de disciplinas” (p. 191), que aprobó esa actitud y “la emuló calladamente en su interior, organizando de tal manera sus estudios, que los renovó todos desde su base”. Señala el ejemplo benéfico de otros compañeros jóvenes y califica a todo el grupo, con frase de Tácito, como hombres que “parecían haber nacido de sí mismos para restaurar los buenos estudios” (p. 192). Por su parte, Maneiro, después de señalar, entre otras circunstancias favorables para la formación intelectual de Clavigero, su encuentro con Campoy, quien le descubrió, como ya quedó dicho, “el tesoro de autores selectísimos” que guardaba la biblioteca del Colegio de San Pedro y San Pablo, comenta:

Desde entonces, [Clavigero] trabajaba largas horas sobre ese tesoro y con el consejo de este sabio amigo, investigando y

leyendo con gran diligencia todo lo que consideraba útil para la deseada restauración de las ciencias (p. 134).

Y todavía en la semblanza de Agustín Pablo Castro el mismo biógrafo destaca la importancia de su encuentro con Campoy, señala los lazos de amistad y colaboración que ligaba a los miembros de todo el grupo, y sugiere al mismo tiempo el ambiente de efervescencia y renovación en que vivían:

Así también tuvo [Castro] entre sus mejores amigos a Clavigero y a Parreño, con quienes se unió íntimamente mediante el vínculo de una amistad literaria, y lo mismo con Alegre, Galiano, Dávila, Cerdán y después con Abad y con otros talentos de grandeza semejante, cuyos incansables esfuerzos por adquirir una erudición universal estaban madurando entre los jesuitas mexicanos una saludable restauración de las letras.

Es notable la coincidencia de los compañeros de Castro con los jóvenes amigos de Campoy, nombrados en párrafo transcrito poco antes. Este, por otra parte, es el mismo grupo de "célebres jesuitas" que reunió después, en 1763, el provincial Francisco Cevallos para que se ocuparan en la reforma de los estudios.⁸

En fin, en el epílogo de la biografía de Campoy, Maneiro, quien ha exaltado tantos rasgos de la personalidad del sonorense, escoge precisamente su relación con la reforma de los estudios para concluir su escrito:

Hemos hablado mucho sobre las dotes de alma de Campoy y sobre la índole demasiado severa consigo mismo; añadiremos este solo testimonio: habiendo inflamado el alma de muchos jesuitas mexicanos para que buscaran una más saludable formación literaria, y habiendo difundido la afición por una cultura universal, sin embargo, obstinándose en el ocultamiento de todo lo suyo, vivió los diez últimos años de su vida, enfermó y murió en la más completa pobreza... Verdaderamente, cuando México dé a luz la historia de su restauración del buen gusto en las ciencias y en las letras

⁸ Cfr. nota 1. Citado también en: *Diccionario bio-bibliográfico...*, vol. XV, p. 537 (art. "Dávila, Salvador").

(empresa que ojalá acometiera alguno), se verá cómo Campoy es digno de ocupar un lugar preferente entre los hombres más ilustres (p. 47).

Sin embargo, el más alto reconocimiento que el biógrafo hace de las virtudes intelectuales y de la fortaleza moral de Campoy, así como de su papel de guía en la formación académica de sus compañeros y de caudillo en la reforma de los estudios, es la reiterada comparación con Sócrates. Después de recordar la brillante lista de "jóvenes de muy ilustre ingenio" que recibieron muchísimas luces para sus estudios de la comunicación con Campoy, reflexiona en los términos siguientes:

quizás alguno se atrevería a afirmar que así como Sócrates nació en su siglo como para crear la verdadera filosofía y difundirla, así Campoy apareció en el suyo para restaurar las ciencias en la Compañía de Jesús.

Enseguida pone en parangón la muerte de Sócrates con los infortunios que persiguieron insistentemente a Campoy:

Tal renovación de las letras no significó ciertamente para Campoy tanto cuanto a Sócrates su filosofía, puesto que éste dio su vida por defenderla. No significó tanto para Campoy, repito; pero sí vio descargarsele un cúmulo de infortunios, a los que sin duda habría sucumbido necesariamente, si Dios, que lo había suscitado para arduas empresas, no lo hubiese dotado de heroica fortaleza (p. 22).

Y casi al final de su escrito, después de referir la muerte de Campoy, Mancero trae a nuestros ojos nuevamente la memoración de Sócrates:

En esto también era semejante a Sócrates, ya que mereciendo por su eminente ciencia ser alabado como uno de los más grandes hombres de su siglo, sin embargo, no nos quedan ningunos escritos suyos en que pudiese la posteridad admirar el genio de hombre tan ilustre (p. 44-45).

* * *

¿En qué consistió la reforma de los estudios a la cual se refieren con tanta insistencia los biógrafos? La respuesta a esta pregunta requeriría de una laboriosa investigación documental, del análisis minucioso de los testimonios que se conservan acerca de estos jesuitas y de sus maestros y alumnos, y, sobre todo, del examen sistemático de sus escritos y del establecimiento de oportunas relaciones con las obras de sus maestros y predecesores y con las de sus alumnos.

En cuanto a la filosofía, ya el maestro Bernabé Navarro abrió brecha y penetró en aspectos importantes de esta renovación, a partir de la búsqueda y estudio de las obras mismas. Otros investigadores han ido calando en algún autor,⁹ en algún trabajo o en alguna faceta del grupo. Las obras literarias e históricas seguramente han tenido el mayor número de estudiosos; y sólo ocasionalmente se han examinado los escritos referentes a otras disciplinas. Es lamentable que no se hayan conservado —o hasta ahora no se hayan descubierto— los trabajos que compusieron sobre disciplinas científicas y técnicas (matemáticas, ciencias naturales, cartografía, etcétera), y aun mucho de su producción humanística.

Por ahora sólo me interesa trazar, de la mano de los testimonios, los grandes rasgos del proceso que siguió esta reforma o restauración.

Cuando en Campoy se obraba aquella conversión hacia la filosofía y las ciencias modernas y hacia el nuevo estilo literario, y cuando el sonorenses inquietaba a sus jóvenes compañeros y colaboraba en dar este nuevo cauce a sus esfuerzos, la vida académica vivía, según Maneiro, bajo la presión de un misoneísmo asaz exagerado. Comenta en la biografía de Clavigero:

Mas él [Clavigero] nació en aquel tiempo en que el degenerado gusto literario no había desaparecido por completo, y había sido educado en una región de la tierra en donde se temía exageradamente que con las luces de las nuevas doctrinas se introdujeran también los errores contra la fe cris-

⁹ Navarro, Bernabé, *La introducción de la filosofía moderna en México*. (México), El Colegio de México (1948). 310 pp.

tiana, que en otras partes se extendían profusamente: a la manera como en otro tiempo los religiosos padres capitulinos temieron que la cultura de los griegos corrompiera las costumbres de la juventud romana (p. 131-2).

Las altas lecciones de Aristóteles y Cicerón, hombres que consagraron sus esfuerzos a la búsqueda de la verdad, y la convicción profunda de que éste debe ser el propósito de los estudios, llevaron a Campoy a enfrentarse a doctrinas y procedimientos establecidos por los antiguos y aceptados por la posteridad bajo la fuerza del argumento de autoridad y del dicho del maestro. Su tesón inquebrantable y su constancia catoniana, virtudes destacadas insistentemente por Maneiro, causaron a Campoy amargos sinsabores. Después de breves periodos de docencia —filosofía en Puebla durante un año; latín en San Luis Potosí durante un bienio—, se le mantuvo alejado con indiferencia de los actos públicos, mientras estudiaba teología, “como si fuese uno de tantos” (p. 25), y se le negó la cátedra, una vez que había cursado ya todos sus estudios y se había iniciado finalmente en las órdenes sagradas. Maneiro refiere un incidente muy significativo:

Cursados finalmente todos sus estudios, marcha a Puebla para la tercera probación de piedad. Aquí tuvo una nueva ocasión de sufrir calladamente por otro olvido de sus excelentes méritos. Porque habiendo sido llamado a enseñar filosofía el maestro que daba literatura a los jóvenes jesuitas en Tepotzotlán, y como hablase casualmente el P. Provincial con Abad sobre el nombramiento de su sucesor, éste le dijo con claridad: “Por fortuna hay muchos que por su edad son aptos para desempeñar un cargo de tanta importancia y a quienes podéis llamar; pero, en verdad que no he visto a alguien más preparado que Campoy por la singular perfección de su latinidad”. Mas, al oír esto su interlocutor, opinó que Campoy debía ser rechazado por todos conceptos, no fuera a introducir entre los jesuitas jóvenes el nuevo método de enseñanza o un gusto no aprobado por sus mayores...

Este provincial era el padre Juan Antonio Balthasar. Sin duda muchos de sus compañeros pensaban como él. Así, por

ejemplo, el famoso padre José Mariano Vallarta y Palma, cuya biografía nos transmitió también Maneiro, y que por entonces (1752) era profesor de filosofía en el Colegio Máximo, es a todas luces un paladín de esta corriente. Así comenta el biógrafo su actitud con cierta benevolencia:

Nada más sagrado para Vallarta que la fe, y deseaba que todos guardáramos íntegro ese depósito; pero, equivocado por esta suspicacia instintiva, mostraba horror por las novedades o las que parecían serlo, en los buenos escritos de mexicanos, y dondequiera adivinaba peligros ocultos, y declamaba contra los zapadores de la religión... ¡Qué de veces se opuso valientemente a los que defendían a los jóvenes religiosos por gustar de autores nuevos o por esforzarse en renovar lo antiguo de nuestros mayores o correr con entusiasmo a muy elevadas aficiones!¹⁰

Finalmente Campoy fue relegado —creo que ésta es la palabra justa— a Veracruz, un colegio que por entonces estuvo a punto de ser abandonado por la Compañía (p. 30), y ahí permaneció “casi tres lustros”, excepto algunos meses que pasó en la Casa Profesa de México, hasta el año de la expulsión.

Por consiguiente, Campoy no sólo fue “proscrito por algunos como instructor de muy peligrosas novedades” sino que también fue tenido “como partidario de vanas fantasías y como estudioso de infantiles naderías” (p. 23). De hecho, se esparcieron rumores que negaban su cordura, a causa de “aquella especie de enajenación mental que hacía a Campoy estar embebido en sus meditaciones y casi olvidado de la vida y trato de los hombres” (p. 24). Y tales rumores —al parecer, no fueron sólo eso— se desvanecieron demasiado tarde, “cuando ya había encanecido en constante lucha con la adversa fortuna y cuando, desterrado ya de México, no pudo ser elevado al magisterio” (p. 25).

El valor, el tesón y la constancia de Campoy empezaron a fructificar en la labor de sus compañeros jóvenes. Abad, el mayor de todos, es llamado de Puebla, donde terminaba

¹⁰ Joannis Aloysii Maneiri *De vitis...* vol. I, p. 128.

sus estudios de teología, al Colegio Máximo de México, para que enseñe filosofía (1752); en 1754 escribe su *cursus philosophicus*, que comprende la lógica y la cosmología; y en 1755 inicia un curso de la misma disciplina en San Luis Potosí. El profesor Navarro ha señalado ya algunos de los avances más significativos del *cursus* de Abad en el campo de la filosofía moderna.¹¹ Dice en el final de su discurso: "Me he esforzado también en enseñaros de tal manera que no sólo tratara las doctrinas peripatéticas, sino además los filósofos más recientes y de modo que fácilmente pudiéseris entenderlos por vosotros mismos".¹² Y antes, al concluir su exposición de la doctrina sobre el movimiento y el *vacío*, había confesado: "Alguna vez, cuando con el favor de Dios respiremos más libremente, daremos una clara explicación de todas estas cosas, en cuanto sea posible".¹³

Su espíritu renovador se extendió a otras disciplinas. En 1756 fue nombrado prefecto de estudios en el Colegio de San Ildefonso de México; profesó ahí mismo en los años subsiguientes Derecho y Teología. A propósito de esta labor comenta Fabri:

Y ciertamente fue el primero que en aquellas regiones empleó para la enseñanza de los elementos de la jurisprudencia civil los *Origenes* de Juan Vicente Gravina. Procuraba también llevar a todos al propósito de restituir la verdadera y antigua jurisprudencia de Papiniano y del restaurador Cujacio, haciendo a un lado las fruslerías. En teología mostró la misma actitud al procurar, primeramente, sacarla de las más puras fuentes (es decir, de la Escritura, de los Padres y concilios, de la historia, etc.).

José Agustín de Castro fue nombrado profesor de filosofía en el colegio de Querétaro en 1756. Inició sus tareas con un discurso, que fue muy aplaudido, referente a la restauración de los estudios, cuyo pensamiento central era éste: "España, al conservar a Aristóteles, ha sido muy prudente; pero será más

¹¹ Navarro, Bernabé, op. cit., pp. 150-174 et passim.

¹² *Ibid.*, p. 174.

¹³ *Ibid.*, p. 168.

afortunada, si a Aristóteles junta los nuevos filósofos". Comenta enseguida Maneiro:

Y, en verdad, propendía a ello [la filosofía moderna], si no es que hubiese preferido atender a los vanos terrores de algunos, que temblaban ante cualquier novedad de doctrina en filosofía como ante un caballo de Troya (p. 78).

Conservó, pues, el viejo método de enseñar, aunque se esforzó por renovarlo en un cierto grado:

- No explicó las muchas luces que aportaron a la filosofía Descartes, Leibniz, Newton y otros modernos ilustres; pero, quitando el polvo al verdadero Aristóteles, propuso a los oyentes su auténtica doctrina (p. 78).

Entre 1756 y 1762 Francisco Xavier Alegre había enseñado Filosofía en La Habana; en 1762 y 1763 había sido profesor de Cánones y Derecho Eclesiástico en el colegio de Mérida. En agosto del último año había hecho su profesión solemne en Mérida, y en 1764 el provincial Francisco Cevallos le había encargado escribir la Historia de la provincia y lo había llamado a México. El 2 de octubre de 1764 envía desde Querétaro a Clavigero, quien ya se encontraba en Valladolid, y a petición de éste, algunas noticias acerca de su "curso de artes". Yo entiendo que se trataba del curso de Artes que había escrito en La Habana y que allá mismo había dictado entre 1756 y 1762. Expone en la carta los temas de física general y física particular que había tratado:

En la Física general fuera de las comunes cuestiones que tratan nuestros Escolásticos solo añadí un tratado completo de el movimiento primero en general del movimiento de los cuerpos elásticos, y no tales, y luego en particular de el perpendicular, en que traté de la fuerza de gravedad o centrípeta, de el circular, en que traté de la centrífuga, y del movimiento compuesto, y vibración de los péndulos, o movimiento oscilatorio. En todo esto fui manifestando los principios de Statica, Hydraulica, Machinaria, y como no podían entender todo esto sin algunos principios de Geo-

metría, les hice un compendio de aquellas proposiciones más necesarias para la práctica de semejantes operaciones.¹⁴

Se trata, pues, de un curso regular, dictado conforme a la doctrina escolástica tradicional, aunque con muy importantes adiciones. A continuación menciona una larga lista de los temas tratados en la "Physica particular". Tanto los temas mencionados, como los autores seguidos, hacen pensar en un curso de física de acuerdo con la filosofía moderna. Al terminar la enumeración aclara el criterio con que seleccionó a los autores:

Por lo que mira a las particulares opiniones de los mismos autores (que por eso los he citado) le harán conocer a Va. que no me aligué a éstas ni aquellas, sino a las que a mi pobre juicio parecieron más ciertas y más coherentes con mi plan general.¹⁵

Posteriormente, ya estando en Italia, según el biógrafo, durante los dieciocho últimos años de vida se dedicó a escribir las monumentales *Institutiones Theologicae*, en las cuales,

expurgando el método de las Escuelas y extirpando las inútiles e intrincadas cuestiones que se habían introducido en ella por vicio de los siglos precedentes, y partiendo principalmente de las Sagradas Páginas, de los Padres y de los concilios —fuentes primarias de la sana teología—, encerrara en forma sencilla todos los dogmas de nuestra fe... (p. 234).

No es ilegítimo pensar que el afán renovador que se aprecia en su *cursus philosophicus* y después en sus *Institutiones theologicae*, haya fructificado también en los cursos de Cánones y Derecho Eclesiástico que dictó en el Colegio de Mérida (1762-4).

En la semblanza de Clavigero, al referir el traslado de éste al Colegio de Valladolid para dictar el curso de filosofía, afirma el biógrafo:

¹⁴ Romero, Flores, Jesús, "Documentos para la biografía del historiador Clavigero". *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, tomo I (1939-1940), pp. 307 y 323-4.

¹⁵ *Ibid.*

Ya por los años inmediatamente anteriores, en México, Guatemala, Querétaro, La Habana, había sido intentado por algunos maestros de la Compañía que los jóvenes gustaran algunos problemas tan útiles como agradables, no escuchados en aquellos colegios desde hacía muchos años (p. 145).

Ante estas noticias se siente la tentación de pensar que el biógrafo alude a los magisterios de Abad, Castro y Alegre. En cuanto a la mención de Guatemala, no parece despropósito pensar que Maneiro se refiera a Landívar, quien, habiendo regresado a su ciudad natal en 1761, se incorporó al colegio de San Borja como profesor de filosofía.¹⁶

De los testimonios biográficos referentes a este grupo de jesuitas parece desprenderse que, después de Campoy, quien mostró un afán más esforzado y constante por la renovación de los estudios fue Clavigero. Desde los años en que repasaba filosofía en Puebla (1751), de la mano de Feijóo y Tosca, había entrado en contacto con la filosofía y la ciencia modernas:

había llegado a enamorarse de aquella filosofía que, madura ya en tiempo de las olimpiadas, nosotros llamamos moderna: y la cultivó en verdad con furtiva predilección —por decirlo así— en sus estudios privados. Buen tiempo estudió por ese año a Regis, Duhamel, Saguens, Purchot, Descartes, Gassend, Newton, Leibniz... (p. 132).

Ese mismo año de 1751 pasó a México a repasar teología en el Colegio de San Pedro y San Pablo; ahí estudiaba entonces Campoy. Clavigero fue nombrado prefecto de los alumnos en el colegio de San Ildefonso; aquí y en el ejercicio de esta seria responsabilidad fue combatido por dos contrarias fuerzas: sus convicciones acerca de lo que debían ser los estudios, y la obligación de ceñirse a las costumbres y de obedecer las órdenes superiores. Maneiro describe con algún detalle esta crisis:

¹⁶ *Diccionario bio-bibliográfico*: "1761. En el Seminario de San Fco. de Borja de Guatemala, profesor de Gramática y maestro de Filosofía (Cat. 1761)".

habiendo advertido [Clavigero] que le sería arduo y peligroso, si intentaba eliminar ciertas costumbres que por ese tiempo se habían arraigado en los colegios de aquellas naciones, creyó más oportuno callar enteramente y no introducir novedad alguna. Calmaba ciertamente los aguijones de su conciencia con el pensamiento de que debía cumplir su encargo, no según su juicio, sino según el del rector...

Pocos meses, sin embargo, duró en aquella zozobra, pues como era ante todo de carácter sincero, mandó un escrito al superior de la Provincia, en el cual, después de exponer el método que él juzgaba debía sostenerse en la educación de los jóvenes, manifestaba claramente su gran dolor por que, conociendo el recto camino y deseando ir por él, sin embargo, era obligado a seguir otro que de ninguna manera conducía a la meta propuesta.

Gobernaba entonces la Provincia Juan Antonio Baltasar, alemán de mucha prudencia en las cosas y madurez de juicio... No pudo contenerse de alabar, en presencia del mismo Clavigero, ora la elegancia del estilo y la composición de todo el escrito, ora la rectitud de sus juicios, ora además la discretísima prudencia, por haber preferido callar a provocar inoportunamente un escándalo. Le concedió, pues, la separación del cargo... (p. 136-7).

Pasa entonces, en el mismo año de 1752, a enseñar Retórica, "aún no cumplidos los 22 años" (p. 137). En la inauguración de los cursos pronunció una "espléndida oración", "perfecta en todos sus puntos", en la cual, al ensalzar el arte de la elocuencia, atacó violentamente ciertos vicios de los oradores, muy extendidos entonces y muy aceptados. La oración, de una latinidad purísima, fue "perfecta en todas sus partes" y brilló por su "prudencia, decoro, amplitud, fuerza, delicadeza y sencillez" (p. 138); le granjeó justificada fama de gran orador y de hombre franco, enemigo de la adulación y "que no pretendía otra cosa en las labores literarias sino la búsqueda de la verdad" (p. 138). Es significativo que Maneiro aplique aquí a Clavigero una frase llena de intención, que repite varias veces en la biografía de Campoy.

Ordenado sacerdote en 1754, por 1756, a petición suya, es nombrado maestro de indios en el Colegio de San Gregorio de México. Permaneció en este cargo hasta 1761; y aprove-

chó el tiempo que le dejaba libre la cuidadosa atención de “sus queridos indios”, para aprender la lengua mexicana y para estudiar los códices y documentos de esta nación que se guardaban en la biblioteca del Colegio y en la ya mencionada del Máximo de San Pedro y San Pablo. Pero una idea lo trabajaba sin tregua: la necesaria y urgente renovación de los estudios; y así, por este tiempo empezó a distribuir breves opúsculos bajo su nombre, o bajo el nombre de alguno de sus amigos:

Y todos los temas de sus escritos tendían a la deseada renovación de las ciencias, ora introduciendo un gusto perfecto en la literatura, ora corrigiendo el corrompido estilo en la oratoria; ya promoviendo el estudio de las lenguas, o exaltando con sus alabanzas la pura y limpia filosofía; ya desarrollando alguna curiosa controversia en el campo histórico (p. 141-2).

Estas ocupaciones, que Clavigero debió tomar con todo empeño, fueron causa de severa reprensión por parte del padre provincial Pedro Reales, quien, en carta del 23 de abril de 1761, le expresó quejas “de su desamor y desafecto a los indios”, le reprochó “su voluntarioso modo de proceder como de quien ha sacudido enteramente el yugo de la obediencia”, el haberse apartado casi por completo “del fin único de los que viven en ese Colegio”, “entregándose a otros cuidados y estudios que le embargan”.¹⁷

Poco después fue llamado a Puebla, para que se ocupara de ministerio semejante en el Colegio de San Xavier, fundado recientemente para beneficio de los indios. Aquí también continuó publicando breves escritos con el propósito de excitar los deseos de una más sana literatura. Por este mismo tiempo, en ocasión de la festividad de San Francisco Xavier, pronunció una oración sobre los hechos heroicos del Santo, la cual fue recibida con extraordinarios aplausos por sus cualidades excelentes. Este sermón, que refrendaba la fama de Clavigero como orador, dice Maneiro, “movió al superior de la Provincia a llamar a Clavigero del trabajo de los in-

¹⁷ Romero Flores, op. cit., p. 319.

dios al magisterio y ordenarle enseñara la filosofía en Valladolid de Michoacán” (p. 144). Maneiro sugiere en este párrafo que Clavigero, de igual modo que Campoy, había sido relegado del magisterio, particularmente de la enseñanza de la filosofía. Añade a continuación:

Mas, así parece haberlo determinado la Providencia Divina, para que la nueva —o como nueva— filosofía que él se atrevía a enseñar, fuera recomendada por la madura autoridad del maestro y por su bien ganada fama en tantas labores. Absolutamente era tiempo de restituir a su nativo decoro la filosofía, corrompida en aquellas naciones y caída en nimiedades (p. 144).

En la oración latina que pronunció durante la inauguración de las clases en el colegio de Valladolid, acto al cual asistió el Cabildo eclesiástico, sin ninguna disimulación, sino, al contrario, con toda ingenuidad manifestó:

que él no podía enseñar aquella filosofía que fatigaba las mentes de los jóvenes con ninguna utilidad absolutamente, o por lo menos con muy poca, sino aquella que habían enseñado en otro tiempo los griegos y que ensalzaban grandemente los sabios modernos... No pudo contenerse el Cabildo de Canónigos... de tributarle extraordinarios aplausos y sinceras felicitaciones (p. 145-6).

Finalmente un profesor iba a enseñar un curso completo de filosofía moderna, de “aquella que habían enseñado en otro tiempo los griegos”, “la que la culta Europa aprobaba y enseñaba públicamente en sus escuelas” (p. 145). No se trataba ya sólo de incluir algunos temas de esta filosofía, como se había hecho, según ya vimos, en algunos colegios de la Provincia jesuítica de México, sino de desarrollar el programa todo de la disciplina por los nuevos cauces. El biógrafo señala claramente:

Mas no hubo nadie, antes de Clavigero, que expusiera ahí una *filosofía perfecta en todos sus capítulos* [el subrayado es mío]. Inmensa obra que seguramente no emprendería

sino un varón intrépido, que hubiera nacido con una indomable energía dispuesta a enormes esfuerzos, y a quien adornara, además de un talento eminente, una noble grandeza de ánimo (p. 145).

Es indudable que Clavigero había preparado este curso con todo cuidado y mediante prolongadas meditaciones. Consultó a su amigo Alegre y le solicitó que le enviase su *cursus*; y seguramente comunicó sus proyectos con otros colegas. En carta, escrita en francés, que Salvador Dávila le remitió de México a Puebla el 22 de diciembre de 1762, cuando seguramente se acababa de comunicar a Clavigero su traslado al Colegio de Valladolid, le expresa su extrañeza por el nuevo destino que se le asigna y le augura que agradecerá a "nôtre Chef" en lo que enseñará a sus discípulos "et que vous", añade, "y réussirez aussi bien que dans les agrements de la Physique moderne à que vous prenez tant de plaisir".¹⁸ Y el sabio presbítero poblano Vicente Torija, con quien mantuvo nutrida correspondencia, en carta de julio de 1764, le manifestó su agrado por "la licencia que obtuvo para dar a sus oyentes algunas lecciones de física moderna".¹⁹ Del texto de Maneiro parece desprenderse que el maestro tenía ya redactado su curso antes de iniciarlo, o que, cuando menos, redactó con anticipación sus partes:

Crecía cada día la opinión sobre el saber del maestro, y todos admiraban muy satisfechos la novedad de la filosofía por él enseñada. Era esta filosofía un compendio escrito en hermoso latín, absolutamente claro, construido en un orden perfecto, expurgado de toda inutilidad en temas y en palabras, en el que se podía leer a los filósofos griegos admirablemente condensados y explicados con máxima diafanidad, así como también cuanto de útil concibieron los sabios modernos desde Verulamio y Descartes hasta el americano Franklin...

Maneiro debió tener, sin duda, referencias directas de este curso dictado por Clavigero en Valladolid; pero más allá de

¹⁸ Romero Flores, op. cit., p. 321.

¹⁹ Citado en: Navarro, Bernabé, op. cit., p. 181.

estos testimonios, debió disfrutar echando a volar un poco la imaginación:

Y a la pericia y habilidad del maestro en enseñar (habilidad que ciertamente no es propia de todos los sabios), respondían los progresos de los alumnos. ¡Era hermoso ver con cuánto esfuerzo los adolescentes se dedicaban a aprender aquellas cosas! Con lo cual en verdad era manifiesto que la ciencia de las cosas (ciencia de las cosas, digo, no sombras y misterios de las palabras) es el genuino alimento del hombre. . . . Pues nacemos los hombres vehementemente inclinados a conocer, y Aquel que nos creó a nosotros y al mundo, entregó éste a nuestra investigación (p. 146-7).

Este curso, iniciado con tan favorables augurios y continuado, al parecer, con tanta aplicación del maestro, como gusto de los alumnos, contó con otra coincidencia afortunada:

Fue también una feliz circunstancia para Clavigero que, habiendo venido a Valladolid a visitar el Colegio de la Compañía el supremo rector de la Provincia (Francisco Zevallos, varón descrito por nosotros en otro lugar, célebre por su clarísimo talento y por su vasta y sólida formación cultural, que no empañaban ningunos prejuicios), no sólo aprobó la enseñanza de Clavigero empezaba con aquel método, sino que además, estimuló al maestro con exhortaciones y casi con mandato para que llevase enteramente a cabo la saludable restauración de la filosofía (p. 147).²⁰

Terminado el curso en Valladolid, ciudad que dejó con gran dolor y a la cual deseaba siempre regresar, según reiterado testimonio de sus cartas,²¹ fue llamado a Guadalajara para continuar el curso de filosofía que había quedado interrumpido por muerte de su profesor, el padre Guesa. Clavigero trabajó en esta ciudad con igual aplicación que en Valladolid, y pronto pudieron verse los resultados:

²⁰ Recuérdese que Francisco Zevallos fue el provincial que reunió en el Colegio de San Ildefonso de México a varios jesuitas célebres para que se ocuparan de la reforma de los estudios. Cfr. nota 1.

²¹ Romero Flores, Jesús, op. cit., p. 330. La carta empieza en la p. 329 y termina en la 331.

a sus enormes esfuerzos respondieron ubérrimos frutos, ya que pocos días después pareció como renovarse el Colegio y manifestarse un nuevo vigor y agilidad en los alumnos, ante los ciudadanos todos que aplaudían y estaban atónitos, por el asombro (p. 148-9).

El ejemplo de Clavigero fue conocido y celebrado; las tesis que sustentaron sus alumnos de Valladolid y Guadalajara fueron aplaudidas en México y en toda la Nueva España. Comenta Maneiro a este propósito:

Y no fue tampoco leve provecho para los novohispanos que con su ejemplo Clavijero hubiera infundido valor a los otros maestros y hubiera desterrado de ellos el vano temorcillo —de que habían sido hasta entonces poseídos— que no los dejaba apartarse del camino trillado, como si fuera un dogma inviolable que debían enseñar en filosofía aquellas doctrinas que habían recibido de sus mayores (p. 149).

La orden de expatriación sorprendió a Clavigero poco después de haber concluido su curso en Guadalajara, y cortó de tajo el proceso de renovación de los estudios que se gestaba en los colegios de la Compañía de Jesús. Esta reforma significaba la culminación de un sueño largamente acariciado por Campoy, y de inquietudes y esfuerzos compartidos por un grupo de jóvenes jesuitas que se habían comprometido muy seriamente en el conocimiento científico y con la responsabilidad social de su labor educativa. Sin embargo, no cayeron en el vacío esta labor esforzada y estos sueños; alumnos directos de esta generación de jesuitas —Alzate, Bartolache, Cervantes, Velázquez de León, Gamarra— colaboraron de manera notable en el paso definitivo que se dio durante las décadas siguientes hacia la modernización de los estudios, promovido y auspiciado por las autoridades civiles, y cuyos frutos más conspicuos fueron el establecimiento de cuatro instituciones modernas —la Escuela de Cirugía, la Academia de Nobles Artes, el Jardín Botánico, el Seminario de Minería— y la publicación de libros y órganos periodísticos que difundieron las ciencias y las técnicas modernas, así como las corrientes contemporáneas de las artes y el pensamiento.